

IMÁGENES DE LA MUJER EN LOS PROVERBIOS BÁNSOA DEL OESTE DE CAMERÚN

*Céline Magnéché Ndé**

Con el advenimiento de la colonización, y a pesar de sus aspectos negativos, las mujeres bânsoa creyeron en un momento que su situación iba a cambiar. Hay que decir que fuera de la explotación sistemática de las riquezas del país y la alienación cultural de sus habitantes, la colonización proponía un nuevo modo de organización social, un nuevo modo de pensar, de vida, que no tenía nada que ver con el sistema precolonial, pero que permitía a las mujeres liberarse de algunas obligaciones tradicionales al tiempo que les permitía desarrollarse.¹ A pesar del crujir de dientes de los autóctonos, los hombres, sobre todo, quienes veían en aquel nuevo sistema de organización familiar un sistema que les iba a empobrecer porque les privaba automáticamente de la mano de obra disponible, abundante y gratis que tenían en sus mujeres e numerosos hijos, todo fue empleado para subirse al tren del desarrollo: construcción de escuelas y hospitales por las misiones de evangelización, etc. Y, incluso después de haber obtenido la independencia, y los colonos de regreso a sus países, el sistema siguió siendo el mismo, las escuelas también. Pero, las mujeres tuvieron que desilusionarse muy pronto pues, en lugar de mejorarse sus condiciones de vida, éstas se empeoraron por más de una razón.

Primero, se dieron cuenta de que la lógica económica del provecho que era la de los colonos tampoco había cambiado a pesar del cambio de dirigentes. El Estado quería crecer, desarrollarse, e invertía en la compra de armas que los antiguos colonos les venden, mientras que aquel dinero habría podido ser utilizado para construir más escuelas, más centros de sanidad y hospitales, equipamientos sociales, etc., y todo esto les habría ayudado a salir de la miseria, del analfabetismo, de las prácticas mutiladoras, del paro, de las enfermedades y falta de centros de planificación familiar, guarderías, viviendas, etc. Segundo, tuvieron que observar con disgusto que sus dirigentes, que eran muy a menudo políticos sin escrúpulos, perseguían la riqueza y luchaban por el prestigio, y, en sus líneas presupuestarias, ellas y sus necesidades ocupaban el segundo por no decir el tercer puesto. Y, sin embargo, ellas constituyen las dos tercias de la población. ¿Por qué esta actitud con respecto a ellas? Pensamos que aquello se debe sobre todo a la imagen que los hombres tienen de ellas, y que está muy bien recogida en la literatura oral de ese pueblo. Para convencerse de ello, sólo hay que escucharlos hablar. Ellas son consideradas como seres inferiores que no tienen derechos sino deberes. Numerosos deberes que debe cumplir y callar. En las líneas que siguen, intentaremos poner en evidencia esta imagen examinando algunos de los proverbios que usan y abusan durante el día entero, en todas partes, y en cualquier ocasión.

LA MUJER BÁNSOA, VÍCTIMA DEL MACHISMO DE LOS HOMBRES

Hay que decir que, que se trate de cuentos, casos, proverbios, adivinanzas, cantos, antropónimos o encantamientos, es toda la vida de la sociedad bânsoa de ayer y de hoy la que está expuesta en los textos orales. Éstos son palabras organizadas para transmitir hoy las experiencias del grupo acumuladas desde que el hombre existe. Son palabras atravesadas por todo el vivir del grupo y orientadas hacia ese vivir: éste resuena en estas palabras y éstas, una vez pronunciadas, se reflejan a su vez en el vivir. Que sea trágica o cómica, irónica o seria, que nos entretenga o nos encante; imagen de la vida real o fruto de la imaginación popular, esta literatura nace de la vida y habla de ella (Chevrier, 1990: 201-202). De la vida en todos sus aspectos. Por ello, podemos decir que ella es también el espejo en el que se refleja la filosofía del pueblo, su ideología, sus creencias, etc. Entre los bânsoa, las relaciones sociales están, en su gran mayoría, "sous l'emprise" de la dominación masculina sobre las mujeres. En la vida económica como en la vida social y política, las mujeres quedan muy "largement à l'écart de" muchos puestos de responsabilidad. Y, muy a menudo, su identidad está reducida a su rol de madre, de guardián del hogar, de productora y de amante. Esta realidad de una sociedad dominada por los hombres trasluce en los proverbios que

* B.P. 166. Bamenda. Cameroun.

¹ El ejemplo de la monogamia nos permite ilustrar nuestro propósito. Antes de la colonización, la poligamia era el sistema de organización, el único, y no admitía otra alternativa. Las mujeres de un hombre, quienes vivían generalmente bajo el mismo techo, pasaban todo su tiempo peleándose por el amor de su esposo, por el trocito de tierra común que tenían que cultivar para mantenerse y mantener a sus hijos, etc. Tenían que aceptar ese sistema pues no podían ser solteras, el celibato siendo considerado como un sacrilegio, un insulto a la tradición. Al introducir, pues, la monogamia, aquellos problemas desaparecían, y las mujeres podían dedicar su tiempo y su energía a otra cosa, como por ejemplo, ir al colegio, aprender un oficio, etc.

usan y abusan a lo largo del día y de siglos. Los proverbios que hemos recogido reflejan, en la mayoría de los casos, la misoginia o el machismo de los hombres. Antes de continuar, conviene definir brevemente el concepto de machismo.

Según el *DRAE* (1992), el machismo es “la actitud de prepotencia de los varones respecto a la mujer”. La *Enciclopedia Larousse* (1985) por su parte explica que aquella palabra “conlleva la marginación de la mujer en la sociedad, en la que se le reserva un papel de subordinación”.

Veamos cómo los proverbios recogen esta creencia. A los ojos de los varones bansa, la mujer es inferior a ellos:

“Las orinas de la mujer no pueden cruzar el cercado” (esto es, que haga lo que haga, la mujer no vale el hombre)

Ella nace para casarse. La probabilidad para que escape a este destino es casi nula, la boda siendo en aquella sociedad una institución importantísima, sagrada tanto para la sociedad como para los individuos. Para ésa, es el medio de sobrevivir, de no extinguirse. Para éstos también. La mujer sobre todo.² Por eso, desea ansiosa y ardientemente casarse. Incluso eso se convierte en una obsesión para ella, y está dispuesta a hacerlo todo, cualquier cosa, por casarse —como por ejemplo, casarse con cualquier persona, sin conocerla—, sin preguntarse si quiere a su futura pareja, o si al menos tienen algo en común, lo más importante siendo que uno esté casado. Conviene detenerse algo aquí pues esto es el fiel retrato, el reflejo de la sociedad bansa, de lo que pasa en ella.

De hecho, el sueño de cada uno de los miembros de aquella sociedad es casarse. Si podemos elegir nuestra pareja —lo que es muy raro—, tanto mejor, sino, esperamos pacientemente que nos la busquen nuestros progenitores, y nos ponemos muy contentos cuando nos casan incluso cuando no sentimos nada por un señor que puede ser nuestro abuelo. Lo más importante es que estemos casados y podamos fundar una familia, es decir, tener hijos. El amor y el resto no son muy importantes, incluso no son necesarios, como dice Chapman: “Love or even acquaintance before marriage is considered quite unnecessary” (1974: 94-95). Ya vendrán con el tiempo: “As for love, that is expected to develop after the wedding” (Chapman, 1971: 94-95). Es que aquí, como dice mercedamente Juliet du Boulay, hablando de los griegos, pero cuyas palabras se aplican perfectamente a los bansa, el amor no es la causa del matrimonio, sino su consecuencia:

They embark upon marriage not as a result of a deep affinity of character, nor because they see in each other any unique personal significance, but in order to form a social and symbolic unit —to set up house together— and to procreate children. And the point of marriage is to create a unity in which each one may realize his or her own social personality according to its ideal role. [...] Affection grows with the passing of time and the sharing of children, grief, and joy, and this affection can grow into a dynamic relationship. [...] Thus the man and the woman are joined originally not by any love they bear each other, because love is consequent on marriage and not the cause of it (Du Boulay 1974: 90-91).

Y, si una vez casados, y después de estar varios años, no hay química entre los novios, no nace el amor ni el cariño, tampoco pasa nada. Si han tenido niños, se considera el matrimonio acertado, muy acertado:

Although love was not a necessary prerequisite to marriage, it was always hoped that the match would “take” and the couple would develop affection, warmth, and eventually love for each other. Nonetheless, a marriage without these qualities could still be counted a success (Scheper-Hughes, 1979: 103-104).

El amor no es, pues, entre los bansa, la meta de la boda. Aquí, uno se casa porque tiene que casarse, absolutamente. Pero ¡jojo! Hay que entender la boda como sinónimo de procreación porque entre los bansa uno no se casa por casarse, o por tener sólo relaciones sexuales con su pareja. Por otra parte, la sexualidad es una palabra que no existe en el vocabulario de los bansa. Uno se casa para tener hijos. Esto es fundamental, y vale tanto para la mujer como el hombre pues ello les permite perpetuar su nombre en la tierra. Nadie quiere morir para siempre. Es la peor maldición que puede caer en una persona. Procrear es ser, y no poder hacerlo es no ser, es morir. Sin boda no hay niños. Sin niños, no hay identidad. Sin identidad no hay vida. Procrear es, pues, permanecer, perpetuarse, seguir viviendo después de la muerte. Si uno muere sin tener hijos, se muere completamente, de una vez por todas. Lo olvidan pues ya no es nada para nadie en el clan. El único medio para escapar a la muerte es, pues, tener hijos, como dice Leendhard Do Kamo:

² Esto puede parecer curioso y sorprendente pues, normalmente, la mujer debería oponerse a aquella ley tradicional que la obliga a casarse. Pero, curiosamente, no lo hace, e incluso se fija como el primer objetivo casarse o casar a sus hijas, cuanto antes.

Laisser une progéniture sur la terre est le seul moyen le plus sûr de survivre... Le charme qui ressuscite est l'enfantement. L'homme qui a procréé des fils ressemble à un bananier qui a donné des fruits: il peut mourir. Par le seul truchement de l'enfant, le nom du parent revivra. Qui nomme l'enfant, nommera les parents (Leendhard, 1947: 202-204).

Tener hijos es vital para ellos en el sentido de que les abre el camino hacia la condición de hombre y mujer. La boda es un criterio básico para la definición del hombre. Ella es la que le da al hombre y a la mujer su identidad de hombre y de mujer. Frigole Reixach no dice otra cosa cuando afirma:

Es la paternidad y la maternidad las que conceden plenamente la condición de hombre y de mujer. Ser hombre es primariamente ser padre y ser mujer ser madre. Sin hijos sigue clasificado como hijo/a; por el contrario, con hijos se asume el rol de padre/madre y se inicia el punto de partida de una nueva jerarquía (...) La procreación confirma el matrimonio y confirma la cualidad de hombre y de mujer. De ella depende y deriva una identidad y una dignidad para los individuos (Frigole Reixach, 1995: 132).

Muchos proverbios recogen esta creencia:

“El niño es el adorno de la mano”;
“La gallina sin polluelos no es más que plumas brillantes”.

Así pues, sólo teniendo hijos puede uno esperar ser algo, tener una identidad, ser una mujer o un hombre pues antes, no lo era, o no era considerado como tal. Antes, éramos un subhombre o una submujer. Lo que quiere decir que, si están casados y no tienen hijos, seguirán siendo considerados niños. Escuchemos más bien a Zonabend (1980: 186).

Une fois mariés, le jeune homme et la jeune femme font désormais partie du monde des adultes, toutefois, ils n'acquièrent pleinement leur statut (de homme y de mujer) qu'après la naissance d'un premier enfant, jusque-là ils demeurent sous la tutelle des parents du conjoint ou de la conjointe

La mujer bânsoa no es pues mujer aunque, con la aparición de la regla, ya se la puede considerar tal. Sólo lo es cuando es madre. No se realiza de verdad, no se expansiona de verdad más que cuando se torna madre. Su esterilidad la conmueve en su orgullo más grande y acarrea casi siempre su marginación social, el menosprecio y rechazo de la sociedad y de la familia de su marido quien la tacha de bruja, vampiresa y ser maléfica que es celosa de la felicidad de los demás, y la acusa de querer extinguir la familia, familia en la que es una desarraigada, una eterna extranjera.

Casarse también es vital para la mujer bânsoa porque sin el hombre, no es nada, es tan inútil como un campo sin lluvia. Sólo es algo gracias y a través de él.

“Una mujer sin marido es un campo sin lluvia”.
“Mujer sin marido es como una noche sin luna”.

Le debe todo y, sin él, no puede nada, es incapaz de:

— controlarse, de comportarse bien:

“Una mujer, si no la vigilan, se casa con un bailador”.
“El plátano no vigilado pertenece a todo el mundo”.
“Si su campo de maíz está lejos de casa, los pájaros comerán su maíz”.

— de hacer algo, de pensar por sí sola porque no tiene inteligencia:

“Un pecho que contiene leche no puede contener inteligencia”.

Total, si no la vigilan, si no la apoyan, está perdida. Perdida en una sociedad en la que no tiene nada que decir, donde no tiene la palabra, donde no puede tener razón nunca:

“La gallina no canta delante del gallo”.
“En el país de los gallos la cucaracha nunca tiene razón”.

Toda su educación está destinada a prepararla para aquel destino: para que sea buena esposa, para que haga que el hombre sea feliz. Por otra parte, por ello, éste da una dote a sus padres, lo que le permite apropiarse de ella. Con la dote, se convierte en la propiedad privada de su esposo:

“Nadie os puede privar de lo que tenéis en vuestro vientre”,
quien puede hacer de ella lo que le da la gana pues la ha comprado como un objeto que compra en el mercado:

“La cama no rechaza al niño”,
“Todo lo que se compra será vendido tarde o temprano”.

Por otra parte, es muy frecuente oír a hombres decir en sus conversaciones que sus mujeres son su dinero. Y, ya que han sido compradas, no tienen el derecho a marcharse, a abandonar sus hogares sean cuales sean las condiciones de vida que tienen allí. Y, incluso si se mueren sus esposos, deben casarse obligatoriamente con un hermano o primo del difunto pues:

“Las frutas del árbol sólo pueden caer debajo del árbol”.

Para hacer que su esposo sea feliz, la mujer bânsoa debe tener atenciones delicadas con él, cerrar los ojos sobre todas las cosas malas que hace, aceptarlo tal como es porque:

“El macho cabrío huele, pero las cabras no lo rechazan”,
y porque una se casa para toda la vida:

“Cuando el agua se derrama, ya no se la puede meter en una botella”.

Hacer que su esposo sea feliz es también ser sometida a él y aceptar su autoridad sin refunfuñar porque es el jefe de familia:

“La mujer y el agua siguen el camino que el hombre delinea”.
“Cuando uno es nuez, debe esperar que la aplasten debajo de una piedra”.

Debe aceptar aquella autoridad porque, donde hay un hombre, la mujer no puede, no debe abrir la boca. No debe opinar:

“La gallina no canta delante del gallo”.

No puede opinar porque no tiene nada que decir y, incluso si tuviera algo que decir, debería callar porque el hombre está allí para hacerlo:

“La gallina conoce el alba pero espera al gallo”.

Debe, pues, aceptar la autoridad del hombre y, si ocurriese que la rechazara y se rebelara contra él, nunca llegaría lejos, fracasaría pues:

“El brazo izquierdo no hiere al brazo derecho”.
“El polvo siempre sobrevive a la escoba” (es decir, la mujer nunca debe creerse superior al hombre).

El carácter de esclava y de criada de la mujer bânsoa resalta en aquellos proverbios en los que están subrayadas la ignorancia y la dependencia en las que está mantenida. A todo esto hay que añadir todos los defectos de los que la aplastan. Ella es un ser pérfido, lleno de defectos, malo, un elemento dañino para la sociedad, tan peligroso como el fuego y las aguas, o el traidor y el vampiro: total, el diablo en persona:

“La mujer, el traidor y el vampiro son la ruina de la sociedad”.

Hay que decir que no sólo los bânsoa que tratan tan duramente a sus mujeres. En casi todas las culturas conocidas, la mujer es el mal. Sólo basta escuchar, por ejemplo, a los franceses “Dieu s’est fait homme; soit. Le diable s’est fait femme!” (Victor Hugo, *Ruy Blas*); “Le diable met la femme sous l’homme pour mieux tenir l’homme sous lui”; los griegos: “Au monde il y a trois fléaux: le feu, la femme et les eaux”; o los rusos: “Si la femme était bonne, Dieu aussi en aurait une”, para convencerse de ello.

Pero como nadie puede prescindir de ella, hay que tomar un cierto número de medidas para contenerla y evitar que perjudique la sociedad. Por ejemplo, un hombre nunca debe casarse con una sola mujer porque

“El monógamo es un soltero”,

es decir un subhombre. Hay que decir que entre los bânsoa, un hombre que no se casa no es un hombre a pesar de su desarrollo físico y biológico, y siempre será considerado un niño por sus padres, y normalmente no puede abandonar el domicilio de éstos:

Dans une société où un enfant ne peut sereinement quitter le toit paternel qu'en fondant lui-même une famille, le célibataire demeure obligatoirement auprès de ses parents (...) Un célibataire reste donc, quelque soit son âge, subordonné à ses parents qui le traitent toujours comme un adolescent (Zonabend, 1980: 164-165).

Será considerado niño por sus padres, y marginal (Zonabend, 1980: 165), un "outcast" (Du Boulay, 1974: 122), un paria, un fracasado por los miembros de la sociedad. En resumen, alguien que no ha alcanzado la categoría de hombre, alguien que no ha alcanzado "la condición de hombre, que no concede el crecimiento biológico ni el paso del tiempo, sino la condición de casado, como sinónimo de procreación" (Frigole Reixach, 1995: 126). Hay que tener al menos dos mujeres porque aquello os salva la vida.

En efecto, la mujer, si está sola, tiene todo el tiempo de preparar planes cuyo único objetivo es matar a su esposo. En cambio, si tiene una o varias coesposas, pasará todo el tiempo peleándose con ella o ellas porque son rivales, y ello le alargará la vida a su marido.

Otra precaución que hay que tomar es tener mucho cuidado con ella, ser muy discreto con ella, nunca fiarse de ella pues:

"La mujer es un agua fresca que mata, un agua profunda que ahoga".

"La mujer es una fuente en la que se rompen todos los calabacines" (esto es, tienen más aptitudes que los hombres en matar, en cometer crímenes).

"Vivir con una mujer es como vivir con un brujo".

Con todos estos calificativos, en cualquier momento nos puede sorprender desagradablemente. Tampoco hay que confiarle un secreto pues es incapaz de guardarlo. Lo divulgará, nos traicionará en la primera ocasión:

"Las mujeres son bolsos rotos".

"La mujer es una hoja que no puede servir de embalaje".

"Un hombre inteligente nunca entrega su bolso a una mujer".

"Quien no conoce el traidor se fía de su mujer".

Hay que tratarla con brutalidad porque es un ser complejo y complicado que siempre complica las cosas; un ser incapaz de aguantar las contrariedades de la vida, al contrario del hombre quien, se adapta a todo, a todas las situaciones de la vida:

"Sea cual sea el peinado del hombre, siempre le va".

Es un ser testarudo, una persona presumida, difícil de convencer:

"Una mujer pasa tres años en la tumba antes de aceptar que está muerta".

"Si una mujer no se casa dos veces, no sabrá cual es el mejor hogar".

Hay que utilizar la mano dura con ella porque es la única manera de que entienda algo. Además, con ello, evitaremos que ella se nos adelante porque es la puerta del infierno:

"Una mujer es como una cabra: la atan donde hay cardos".

"Asusta a tu mujer antes de que te asuste".

Por qué tanto odio, por qué aquel ensañamiento con una persona con la que estamos condenados a vivir?, podríamos preguntarnos. Evidentemente es bastante difícil dar una respuesta exacta a aquel comportamiento común a todos los varones. Sin embargo, arriesgaremos una hipótesis. Este comportamiento chorrea la envidia porque ellas tienen seguramente algo, cualidades que ellos no tienen. Algunos proverbios tanto españoles como bânsoa, aunque en muy contadas ocasiones, lo subrayan. Por ejemplo, el proverbio bânsoa pone en relieve el rol importante que la mujer desempeña en la sociedad. Ella es el soporte central de la sociedad en la que se fundamenta la educación de los niños, y no el hombre.

"El macho cabrío engendra, no bala detrás de sus críos".

Ella es capaz de cualquier sacrificio, hasta de dar la vida para criar, salvar a sus hijos:

“El pescado muere donde están sus huevos”.

Ella es el símbolo del amor desinteresado y del sacrificio:

“La avispa tiene el vientre tan delgado por dar de comer a sus hijos”.

Y, si de vez en cuando es mala con nosotros, es porque nos quiere mucho:

“La clueca no puede dar algo malo a sus polluelos”.

Es porque quiere que seamos gente buena, honrada, bien educados. Por lo tanto, no hay que alarmarse mucho por su pata que nos pisa porque no nos puede matar:

“La pata de la clueca no mata al polluelo”.

Ella es la reguladora de tensiones en la familia y en la sociedad:

“El rayo golpea pero la mujer lo para con su pecho”

Es consejera de la sociedad, como el hombre. El último y eficaz recurso cuando todo argumento o acción ha fracasado en la búsqueda de soluciones a los problemas de la sociedad:

“Allí donde la diplomacia ha fracasado queda la mujer”.

Pero, ¡ojo! Hay que subrayar, sin embargo que, si entre los españoles la mujer es alaba por sus cualidades y puede desempeñar ciertos roles a cualquier momento de su vida, entre los bansoa, todas aquellas cualidades y virtudes le están reconocidas sólo a partir de una cierta edad, cuando ella ya no da a luz, y cuando han visto que se ha ilustrado a lo largo de su vida como una madre perfecta, es decir, que se ha casado, y ha tenido hijos, etc. A aquella edad, puede tratar de igual a igual con el hombre, ser jefa —y en estos casos cumple sus funciones con una eficacia a veces muy superior a la de los reyes—, notable, asistir a las reuniones con los hombres, formar parte de las asociaciones de danzas rituales, etc. Aquí, ya no es víctima de la discriminación. Celebra ritos.

Le reconocen esos importantísimos papeles sociales y la celebran no sólo en la literatura oral, en la que, incluso recomiendan que la veneren, la respeten y colmen de todos los honores que merece:

“El útero de la madre no está torcido”,

sino también en las artesanías (pilares de casas, tamtames, taburetes con dibujos de mujeres embarazadas o con niños en sus brazos o espaldas esculpidos).

Saben que desempeñan estos roles y muchos otros (por ejemplo, todo el mundo sabe que “una casa sin fuego se apaga”, con el fuego uno se calienta, cuece la comida, se alumbra, etc, y el fuego es aquí la metáfora de la mujer: ella “calienta al hombre en el sentido figurado de la palabra, es decir le da un cierto equilibrio, la prepara la comida, le alumbra, esto es, le aconseja; también se sabe que “una casa sin mujer es un barco sin guía”, es decir abocado al naufragio, a la muerte, a la desaparición porque no hay nadie para dirigirlo, para gobernarlo, para sortear y evitar todos los peligros que hay en el agua. Lo mismo pasa con una casa sin mujer). Las teorías rousseauianas que quisieran que invocaran la naturaleza femenina para reducir los roles de la mujer se desmoronan pues por sí solas³. En otros términos, no es, pues, la naturaleza la que limita los roles de la mujer, sino un conjunto de prejuicios, de costumbres cuidadosamente transmitidas de generación en generación y de leyes. Pero también el miedo. Sí, porque otro motivo que podría explicar este trato extremadamente duro de los varones con respecto a sus compañeras es el miedo.

³ Numerosos son los que, como Rousseau, pensaron y siguen pensando, hoy en día, en este siglo XXI, que la condición de la mujer es producir y reproducir, y que es incapaz de desempeñarse fuera del ámbito doméstico. He aquí, por ejemplo, le que dice André Serval, un personaje de *La cathédrale de haine* (Guy Des Cars, Paris, J'ai Lu, 1984, pp. 159-160), poeta e iluminado que quisiera construir una catedral en París, a Evelyne, que le ofrece sus servicios porque piensa que, a pesar de ser ignorante y analfabeta, puede serle de una ayuda preciosa: “L'une des plus grandes erreurs de notre monde moderne a été, madame, de laisser peu à peu la femme faire de plus en plus des métiers d'homme. Ceci ne veut pas du tout dire que je suis un antiféministe! La femme est indispensable dans la société où son rôle est prédominant puisqu'elle est le centre naturel d'un foyer et d'une famille, mais est-il bien nécessaire d'avoir des femmes-médecins, des femmes-avocats, des femmes-ingénieurs, voire même des femmes-militaires? Ne sont-ce pas là des situations qu'elles volent aux hommes? Pourquoi cherchez-vous absolument à vous évader de votre condition humaine?... Il n'y a qu'à vous regarder : vous êtes toute la Femme, madame, avec ce que ce mot possède à la fois de magie et de réalité, de qualités et de défauts, d'élans et de faiblesses, d'amour et de haine... Que pouvez-vous chercher de plus?”

De hecho, los hombres temen la mujer porque Dios le ha dado a ésta no sólo todo lo arriba mencionado, el poder de obtener todo lo que ella quiere de él —del hombre que ella manipula a su antojo—, sino sobre todo el de dar la vida, poder que el hombre nunca tendrá, por muy fuerte que fuera. El hombre, que tiene miedo, miedo a perder su autoridad y el control sobre la mujer dado que la sociedad establece que él es el maestro, se siente en peligro, amenazado porque su superioridad sobre la mujer, su dominación sobre ella, su autoridad y poder están cuestionados por ese mero hecho. Tiene miedo de no poder dominar más a su compañera y, en su relación con ella, se torna violento. La violencia verbal, en este caso, le dará el sentimiento de una retoma del control de las cosas. Necesita violentar a su compañera para existir, para sobrevivir porque piensa que está permanentemente en una situación de sobrevida. Este duro trato sería, pues, una táctica, una manera de sentirse existir. Te maltrato, luego existo. Te desprecio, luego existo. Te humillo, luego existo. Es, pues, una manera de demostrarle a su compañera que, aunque privado de este poder que le negó la naturaleza, sigue siendo el maestro. Es una manera de conservar su “trono”, y todos los medios resultan buenos para conservar las adquisiciones con tal que sean eficaces —entre aquellos medios, la violencia verbal ocupa uno de los primeros sitios sin olvidar la violencia física⁴—. Y, de hecho, lo son porque las violencias psicológicas y verbales (insultos, humillaciones, chantaje afectivo, etc.) son tan destructivas como las agresiones físicas. Hieren mortalmente la estima que uno tiene de sí. De tanto machacarlo, de tanto repetirles que no valen nada, que no son lo que creen que son, que sólo son mujeres, esto es incapaces de hacer otra cosa que no fuese producir y reproducir, acabaron creyendo que, realmente no valen nada, que nacieron para obedecer y callar, tornándose de aquel modo sus cómplices.

En efecto, al aceptar sin abrir la boca que los hombres, que la sociedad reduzca sus roles a la domesticidad, a la comodidad de sus esposos y a la reproducción, al aceptar que la sociedad reduzca su identidad a su rol de madre, de guardián del hogar o de amante, las mujeres se hacen pura y simplemente sus cómplices.

DE LA NECESIDAD DE PRESERVAR Y TRANSMITIR PERO SÓLO LO BUENO

Hemos dicho más arriba que, si hay una particularidad en materia del proverbio, es que casi siempre está al servicio de un proyecto, o mejor, de varios proyectos. Hemos hablado del proverbio como espejo que refleja la sociedad en todos sus aspectos, como instrumento gracias al cual podemos saber cuál es la ideología de un pueblo. A esto, conviene añadir que es el vehículo que permite la transmisión de los valores de la sociedad que lo produce y consume.⁵ Todo grupo humano vive en la medida en que consigue hacer participar a todos sus miembros en la experiencia colectiva y sobrevive cuando ha asegurado su supervivencia gracias a la transmisión de sus experiencias. En ambos casos se trata de la transferencia de experiencia entre los miembros de la comunidad, el primero, en el espacio colectivo, el segundo en el tiempo colectivo.

En el contexto de la oralidad, ese cambio de la palabra es lo que permite esa transferencia dentro del grupo y, de ahí, su vida y su supervivencia. La meta última de los textos orales es permitir y asegurar ese cambio vital. Que se trate de relatos, cuentos, casos, proverbios, adivinanzas, cantos, antropónimos o encantamientos, se trata de una literatura que reproduce exactamente los valores que son el fundamento cultural del grupo, los modelos que están en el espíritu de todos; expresa de forma excelente eso que todo el mundo siente, ve, eso a que todo el mundo aspira, las visiones que tejen su memoria común y condicionan su porvenir. Contribuye a la preservación de todo eso, a su transmisión de generación en generación. Pero esto es peligroso pues hay creencias, costumbres, comportamientos, ideologías, valores francamente negativos para el ser humano, pero que transmite incansable y escrupulosamente desde que el mundo existe.

Tratándose del proverbio en particular, hay que decir que, gracias a la forma de su enunciado, descubre una tendencia dominante de los mandamientos:

“Asusta a tu mujer antes de que te asuste”.
“Si estás defecando y ves a una mujer, huye”.
“No confíes nunca tu bolso a una mujer”.

⁴ Porque hay que decir que se trata de violencia masculina sobre la mujer porque la violencia contra la mujer no es sólo física, es también verbal, psicológica y moral y está perpetrada en todas partes y no sólo en el ámbito doméstico.

⁵ Sobre la importancia de la literatura oral como vehículo de la historia, de la cultura, de los valores de la sociedad, como instrumento que sirve para el mantenimiento de la estabilidad social, y como instrumento de control social, véase mi tesis doctoral: *Literatura oral nguemba/bánsoa del oeste de Camerún: Géneros y análisis*, vol. I, Universidad de Zaragoza, junio del 2001 (inédita). También se podría consultar la obra de Lylian Kesteloot (1976: 6).

“Perra, cae para que el juego se anime”.

“El brazo izquierdo no hiere al brazo derecho”, etc.

Prescribe, pues, conductas y, al hacerlo, tiende a modificar, moldear comportamientos a imagen del pasado. Así, podemos decir que muchos de ellos confirman y consolidan de forma irrevocable ciertos valores, creencias, costumbres de la sociedad que se deberían sino extirpar, evacuar, al menos intentar cambiar.

En efecto, hay un cierto número de cosas, un *statu quo*, mitos, ideas recibidas y que transmiten cuidadosamente de generación en generación porque quieren preservar absolutamente, y que resulta difícil cambiar. La imagen que los hombres bansa tienen de sus compañeras forma parte de estas ideas recibidas. Y, sin embargo, aquella imagen, muy a menudo, no tiene nada que ver con lo que ellas son en realidad: seres humanos con el mismo título que ellos, que tienen los mismos derechos que ellos, y no sólo deberes; seres que tienen el mismo, sino más elevado cociente de inteligencia que ellos, y que podrían hacer las mismas realizaciones que ellos, incluso con más eficacia y éxito, si tuvieran las mismas posibilidades y oportunidades que ellos. Desafortunadamente, no las tienen. Por culpa de aquellos mitos, las mujeres están encerradas en roles fijos y predeterminados por la sociedad.

¿Cuáles son sus posibilidades para escapar a semejante destino? Casi ninguna, su suerte estando totalmente dependiente del apoyo masculino. Ahora bien, el hombre está muy orgulloso de la posición, del prestigio, del poder que tiene en la sociedad porque las cosas están así, como para tenderles la mano y ayudarlas a subir la cuesta y alcanzarlos. Esto podría ser posible, es posible si ellos consintieran a cambiar la imagen que tienen de ellas; si toda la sociedad consintiera a cambiar las actitudes, los comportamientos, la ideología y el conjunto de ideas que tiene acerca de las mujeres porque, más allá de los hombres, es la tradición entera que hay que culpar. Y, sin embargo, estos cambios serían y son vitales tanto para ellos como para sus compañeras. Pero no es motivo para desesperar. En efecto, si el proverbio contribuye a perpetuar malas creencias, también nos enseña a vivir, sin sermones, de una forma práctica y clara. Nos educa. Es didáctico. Convendría, pues, concebir otros —ya que los que ya existen no se dejan manejar, modificar fácilmente— en los que se trate, no de ahogar, aniquilar el otro, sino de permitir, ayudarnos a volver a ser humanos, a volver a descubrir el sentido del hombre. Total, a comprender que todos somos humanos, con los mismos derechos: a tener una educación, a vivir, a tener una vida digna, a disponer de nuestro cuerpo libremente, a decidir sobre nuestra vida, etc. Y, esto, el proverbio puede hacerlo. No nos olvidemos de que los proverbios nacen de la experiencia pero no mueren con ella. Son semillas que el narrador siembra en su interlocutor para que germinen más tarde. Sory Camara es el que resume muy bien esta idea:

Con las palabras antiguas sucede como las semillas: las siembras antes de las lluvias cuando la tierra está recalentada por el sol, para que la lluvia venga a mojarlas. El agua de la tierra penetra en las semillas, las semillas se tornan en la hierba y luego se convierten en espigas de mijo. De la misma manera tú, a quien vengo a decir la palabra antigua, tú eres la tierra en la que yo siembro la semilla de la palabra, el agua de la vida tiene que penetrar en la semilla para que así germine la palabra (Dumestre, 1996: 38).

BIBLIOGRAFIA

- CHAPMAN, C., 1971, *Milocca. A Sicilian Village*, Cambridge, Mass., Schenkman.
- CHEVRIER, J., 1990, *Littérature Nègre*, París, Armand Colin.
- DU BOULAY, J., 1974, *Portrait of a Greek Mountain Village*, Oxford, Clarendon Press.
- DUMESTRE, D., 1996, *Palabras de África*, Barcelona, Ediciones B.
- FRIGOLE REIXACH, J., 1995, “Procreación y género: ser hombre y ser mujer”, in Lisón Tolosana (ed.), *Antropología y Literatura*, Zaragoza, Gobierno de Aragón.
- KESTELOOT, L., 1976, *Anthologie négro-africaine*, Verviers, Marabout / University.
- LEENHARDT, M., 1947, *La personne et le mythe dans le monde mélanésien*, París, Gallimard.
- SCHEPER-HUGHES, N., 1979, *Saints, Scholars and Schizophrenics. Mental Illness in Rural Ireland*, Berkeley, University of California Press.
- ZONABEND, F., 1980, *La Mémoire Longue. Temps et Histoires au Village*, París, PUF.

RESUMO

Através do exame dos provérbios da língua *ngwema/bansoa* (Oeste dos Camarões), este artigo tenta demonstrar que o machismo e a misoginia se mantêm na região.

Houve, é verdade, a vaga do feminismo radical dos anos 60 e 70 do séc. XX, que levou à correcção de algumas das piores discriminações contra as mulheres e à conquista de certos direitos: as mulheres vão hoje à escola, jogam futebol, ocupam perto de metade dos lugares nas faculdades de Direito ou Medicina, cerca de ¼ das pequenas empresas é dirigido por mulheres, estas conduzem autocarros, dirigem bares, estão presentes no clero e nas forças armadas, antes bastiões dos homens. No entanto, o machismo e a misoginia perduram e manifestam-se, não só nos comportamentos e decisões, no desporto, no cinema, na política, etc., mas também — e sobretudo — na fala, no discurso quotidiano, que contribui para reforçar de maneira insidiosa e eficaz os estereótipos discriminatórios contra as mulheres.

Os provérbios do povo *bansoa* são uma boa prova desta realidade. Na verdade, mais do que qualquer outro facto, os provérbios prendem a mulher *bansoa* num discurso que a reconhece apenas enquanto sujeito doméstico, reprodutora, objecto de prazer, prostituta e pessoa submetida, e negam-lhe totalmente a inteligência e a capacidade de pensar, de agir pela sua própria cabeça. Trata-se dum discurso que se transmite de geração em geração, com todo o cuidado, porque justifica todos os arcaísmos e serve de base a todas as discriminações de que a mulher *bansoa* é vítima.

ABSTRACT

This article tries to prove that male chauvinism and misogyny are still thriving in the Western Cameroon by examining the proverbs in the *ngwem/bansoa* language.

There has been, it is true, a wave of radical feminism in the 60s and 70s of the twentieth century, which led to the correction of some of the worst discriminations against women and to the conquest of some rights: today the women go to school, they play football, they occupy about half the places in the faculties of law and medicine; about ¼ of the small businesses are run by women, they drive buses, they run bars, they have a presence in the clergy and in the army, the realm of men before then. Nevertheless, male chauvinism and misogyny remain and become apparent not only in ways the behaviour and decisions in sport, cinema, politics, etc, but also — and above all — in everyday speaking and speech that contributes to reinforce in an insidious way the stereotypes that discriminate women.

The proverbs of the *Bansoa* people are a good proof of this reality. In fact, more than any other thing, the proverbs hold the *Bansoa* woman in a discourse that only recognises her as a domestic, reproductive nature, also as an object of pleasure, a prostitute and submissive human being, and they totally deny her intelligence and capacity to think and act with her own head. It is a discourse that is carefully passed on from generation to generation because it justifies all the archaisms and serves as a basis for all the discriminations against the *Bansoa* woman.